

LA VIOLENCIA DEL TIEMPO Y “LA NEGACIÓN DEL OTRO”

Anne Marie HOCQUENGHEM *

Es un honor para mí participar de este encuentro en el IFEA, del lado de la literatura y al lado de Miguel Gutiérrez, pero no sé si debo agradecer la invitación de Georges Pralong. Me siento desubicada, en una situación muy insegura entre lo afectivo y lo académico. Además, como algunos presentes lo saben, no tengo el don de la palabra, temo los micrófonos y me es difícil hablar en público y más aún de una novela, *La Violencia del Tiempo*, en presencia de su autor, que admiro y envidio. Esto por haber logrado una historia que hubiera querido escribir en torno a una región que no deja de fascinarme, Piura. Y aprovecho para agradecerle, por todo el placer que me dio y que me sigue dando leerle y por su incitación a profundizar una reflexión, que va mucho más allá de un compromiso científico, en búsqueda de la identidad de la sociedad en la cual vivimos.

Un primer comentario —serán tres— intentando relacionar *La Violencia del Tiempo* con el proceso de mundialización, en base a la lectura propuesta por Georges del libro de Olivier Dollfus, de unos capítulos de Alain Touraine así como de unos artículos sobre la obra de Antonio Cornejo Polar, en particular el de Raúl Bueno, y estudios sobre la obra de Miguel, el de Horst Nitschack, pero también los de Peter Elmore, James Higgins, Antonio Rengifo y Nelson Manrique.

1. LA VIOLENCIA DEL TIEMPO Y LA MUNDIALIZACIÓN

Abordé esta novela como una indagación literaria y un aporte de la literatura a la percepción de una condición peruana mestiza, enfocada a partir de una condición piurana provincial, en una perspectiva histórica. Pero Miguel mira como Borges ve el Aleph y concibe a partir de su visión un espacio cósmico donde cada cosa son infinitas

* CNRS-IFEA, casilla 18-1217, Lima 18.

cosas porque trata de percibir las desde los distintos puntos de observación que puede tomar. En este sentido su novela representa en forma homóloga el largo proceso de mundialización que nos preocupa y constituye una reflexión sobre la condición humana.

Formalmente se presenta dividida, como el mundo que compartimos, en tomos, capítulos, subcapítulos, entre los cuales el lector pasa de forma discontinua entre eventos que se desarrollan a escalas y velocidades diferentes, en diversas dimensiones temporales y espaciales, en múltiples universos sociales e individuales.

La ficción no se adecúa totalmente a la realidad en el sentido de que en la novela no hay ninguna voz dominante, ni la voz del autor, ni la del narrador, ni la de ninguno de los personajes. Lo que hay es una variedad de voces que se cruzan, se mezclan, se superponen y yuxtaponen. Es decir, no hay un discurso oficial sino múltiples discursos, que nos liberan de la ilusión totalizante. Y estas voces narran, con todo el talento de Miguel, infinitas historias en torno a **“la historia del surgimiento de las condiciones subjetivas de la disposición hacia el ejercicio de la violencia en el Perú”**, como lo expresa Horst Nitschack, una historia que nos concierne a todos.

Al escuchar estas voces recorreremos las memorias de una sociedad provincial piurana integrada al resto del planeta desde 1532. Conocemos personajes que la habitan, algunos de ellos conectándola más allá de fronteras territoriales, socioeconómicas, políticas y culturales, atravesando océanos, descubriendo otros continentes, encarando y enlazando grandes eventos de una historia universal, la conquista y avasallamiento de América, la comuna de París o la construcción del canal de Panamá, con los de una historia nacional, la guerra con Chile, o local, la rebelión de los chalacos. Participamos de múltiples historias de vidas y linajes como en la elaboración de algunas grandes utopías de sociedades donde no se tendría vergüenza de vivir.

A pesar de no tener ningún carácter testimonial y rechazar entrar en competencia con los, indiscutiblemente necesarios, discursos históricos, políticos, sociológicos, económicos y otros discursos científicos, Miguel nos enfrenta a la mundialización que Georges nos invita a considerar. De hecho con sus luces y sus sombras, no como una fatalidad sino como un proceso del cual somos parte y en el cual existe, como desafío en cada situación, la libertad de expresar opiniones. Esto cumpliendo con nuestras tareas de académicos que pretenden analizar realidades, definir posiciones, determinar rumbos y de artistas que intentan trazar metáforas comprensivas del universo al cual pertenecen a través de ficciones poderosamente ancladas en la poética del realismo.

Si la globalización, último avatar de la mundialización, la percibimos como una interacción generalizada y acelerada entre las diferentes partes de la humanidad, que tiende a separar elementos de una particular organización social, descentralizando y distorsionando, desubicando y desorientando, agudizando, multiplicando diferencias y profundizando fracturas, generando rencores y resentimientos que, desencadenando la violencia y encerrando en el desgano vital, conducen a la desesperación y a la muerte, necesitamos, para contrarrestar esta tendencia, considerar su origen y los diversos factores que la determinan, es decir su historia.

Y es lo que hace Miguel desde la soledad de su escritorio en forma impactante. **“... en la confluencia de la memoria y la imaginación, en el acto de la escritura”** (1996: 152), proyecta, una historia del odio y del rencor productos de enfrentamientos

relacionados con este proceso de mundialización. Una historia que perturba y agita la imaginación del lector, convocándolo a una necesaria reflexión sobre el tema.

Y esto es lo que hace Georges al reunirnos e incitarnos, por más difícil que sea, a discutir de este proceso y del Perú como problema y posibilidad. Y todos, creo, tenemos el mismo fin, establecer por medio del producto de nuestro trabajo, una comunicación en torno al desgano y la violencia que percibimos.

Tras una nueva lectura de *La Violencia del Tiempo* me siento arrastrada hacia un sin límite de horizontes que trastocan el sin fin de la historia y derrumban las fronteras entre la realidad y la ficción, en una novela que no tiene un único centro sino que se relaciona y evoluciona en diversas perspectivas. Tratando de enfocar un punto fijo donde apoyarme para resistir al temible vértigo, sólo encuentro un “yo”, consciente de una identidad fracturada como la de los personajes de Miguel y un tema recurrente donde aferrarme, el racismo. De hecho percibo el racismo en los meollos de todas las historias que cuenta Miguel, entre los nudos dolorosos de diferentes formas de violencias que azotan en torbellinos, a través del tiempo y del espacio, a individuos y colectividades.

Esto me lleva a un segundo comentario, en relación con la noción de “identidad fracturada” y el racismo que plantean, en la novela y en la realidad, un problema que Miguel propone abordar a partir de un “quehacer con la historia”.

2. UNA IDENTIDAD FRACTURADA Y UN “QUEHACER CON LA HISTORIA”

Miguel sugiere rastrear la Historia y las historias a partir de todas las formas posibles del conocimiento, remontar en el pasado hasta la esencia de la peruanidad para descubrir las raíces de una violencia que fractura la identidad individual y social. Emprende el camino de las memorias con su talento literario, con toda su experiencia, con su capacidad de escuchar y observar a partir de una compleja sensibilidad, una gran ternura, una irresistible capacidad de estallar de risa que denota un amor desbocado por la vida.

Afirma que lo esencial es la “... novela, es decir la ficción asumida de manera consciente que, aparte de utilizar como materia el pasado para su permanente exploración de la condición humana, echa mano de todos los recursos del género para entretener y cautivar al lector.” (1995: 31)

Considera que las dos principales fuentes de la creación novelística, son la memoria y el lenguaje que alimentan la escritura de la historia, y que estas fuentes tienen una misma naturaleza social. Si tuviera su estilo podría decir como él escribe: “lo que en realidad me interesa es la historia como dimensión de la existencia humana y como sedimento de la conciencia de los individuos y las colectividades.” (1995: 31) Y repito, con su letra y tinta, en la historia o la novela: “... el pasado no me interesa como romance o leyenda, o como objeto de contemplación hedonística ni como arqueología literaria, sino en la medida que el pasado siga hablando al presente, de modo que lastime e interfiera en la conciencia y en los sueños de los hombres de nuestro tiempo.” (1995: 31)

Cierto, Miguel lastima y duro, quiere hacerlo y lo logra. Crea personajes que existen de verdad del otro lado del espejo de la realidad y que tienen tanto poder que imponen una dolorosa reflexión, proyectándonos en la sociedad en la cual vivimos.

Describe cómo *La Violencia del Tiempo* abre en la conciencia de la identidad individual y colectiva llagas que no son otras que todas las huellas de las batallas libradas y pérdidas, de las utopías soñadas y naufragadas. Tajos en la profundidad de los cuales la sal de los recuerdos cristaliza depósitos de amarguras y de sufrimientos acumulados tras derrotas y deshonras, con sus secuelas de desquites y desagravios, esto sedimentando desesperanzas, manteniendo ardientes fillos de heridas sangrantes del rojo fuego de la furia y de la venganza.

Para apaciguar el dolor atroz que sentimos cada uno al leerlo y al recordar nuestras historias y la de nuestra sociedad, Miguel nos obliga a desandar camino hacia confines donde se condensa la miseria del mundo, a enfrentar la extensión del mal y a identificar sus causas.

Siguiéndolo en los arduos senderos del recuerdo, remontando el curso de este largo proceso de mundialización, nos topamos una y otra vez con múltiples avatares del trauma de la conquista. Conquista de América por Europa que instauro la difícil condición colonial que persiste. Pero divisamos también, más allá del siglo XVI, antecedentes prehispánicos de este trauma. Sentimos el peso de las cadenas de consecuencias que nos hacen revivir las diversas reactualizaciones de Miguel de una misma forma de agresión, a lo largo de interminables historias crueles e ignominiosas. Historias de etnias y naciones, de familias e individuos, todas marcadas por relaciones de dominación y colaboración, de oprobio y fracaso, de desencuentros y desentendimientos, así como por afrentas y traiciones, despojos y desarraigamientos, violaciones y castraciones, actos que encierran a todos en el desamor y en la desesperación, conduciendo a la locura y a la muerte.

Es claro, lo engendrado por la conquista, como por toda agresión, es el racismo definido por Albert Memmi (*Encyclopaedia Universalis*, corpus 15, 1985: 581) como **“la valorización generalizada y definitiva, de diferencias biológicas, reales o imaginadas, para el provecho del acusador y en detrimento de su víctima con el fin de justificar una agresión.”** Con este fin injustificable el racismo funda un sistema jerárquico de castas que se reproduce desconociendo bastardos, despreciando mestizos, dominando estos descastados hasta negarlos y eliminarlos, generando el rencor, el resentimiento, el odio y la violencia. Cada uno, si no lo sabía, entiende que frente al racismo, como otros “ismos” basados en diferencias culturales, socioeconómicas o políticas, que separan lo otro para negarlo, de nada sirven el silencio y el olvido, que callar no es el remedio.

Pero si Miguel logra una visión del origen del mal, la conquista y el proceso de desestructuración que genera, traumatismo repetitivo del cual sufren a lo largo del tiempo todas las estirpes de bastardos y mestizos que somos, ignorándolo o aceptándolo, ésta no llega obviamente a despertarlo y a despertarnos de la pesadilla.

Peter Elmore (ms, 1997: 16) resume, en la novela, **“el pasado actúa sobre el presente con una fuerza sobrecogedora, al modo de una maldición de la que no es**

factible sustraerse, y resulta por ello coherente que el relato respalde una célebre frase del Ulises: la historia es una pesadilla de la que no puedo despertar.”

La Violencia del Tiempo pretende inquietar y de hecho estremece. Miguel está muy lejos de adoptar una posición edificante y optimista, de elaborar una tesis integradora, de confiar en un futuro distinto y sus historias parecen selladas por la impotencia. Pero su novela no es desalentadora, al contrario. Miguel insiste, profundamente humano, en considerar el racismo como la plaga principal que funda una sociedad de castas y en proponer la irreverencia a todo dar, en todos los sentidos, como uno de los más eficaces instrumentos de liberación. Busca, pregunta tras pregunta, abrir el paso a un “no dicho” en la historia y en la sociedad que, librándonos de ataduras inconscientes, nos permita celebrar los muy necesarios ritos que intentan conciliar el pasado con el presente y vencer la muerte. De hecho, cuánto necesitamos hoy asumir el luto de lo que fuimos y consolar nuestro desaliento total en un mundo globalizado donde no encontramos sentido.

Finalmente un tercer comentario, para la estudiosa de las sociedades andinas prehispánicas que fui, hay un “no dicho” que me parece patente y no deja de sorprenderme en *La Violencia del Tiempo* y en la realidad.

3. UN “NO DICHO”: EL DESGARRO DE LA IDENTIDAD MULTICULTURAL

A pesar de un siglo de arqueología y antropología, el pasado andino se reduce para algunos a visiones de tesoros acumulados en el vientre de los médanos, de fulgores de oro y plata con matices de esmeraldas y lapislázuli. Huacos con nombres de “culturas” Mochica, Nasca, Recuay o Lima, Tiahuanaco, culturas de las cuales sólo se perciben algunos implementos u ornamentos. Son imágenes de libros de historia para colegiales o recuerdos de visitas a museos. Otros sueñan imperios y señoríos invisibles tras el deslumbrante resplandor del oro, la dramatización de un Inca de Inti Raimi o de una Cantata al señor de Sipán, mientras que la momia Juanita de Arequipa y los cuerpos torturados de Moche atraen a los turistas e inspiran a los limeños eventos teatrales o exposiciones. Hay, también, quienes constituyen mitos en base a tradiciones deshilachadas y lloran reyes tallanes que nunca fueron, llevando un perpetuo luto que no es otro que el luto de una historia que no conciben.

Todo esto cuando se podrían reunir todos los elementos para elaborar la historia, no de “culturas andinas”, sino de “una cultura andina” es decir de una civilización de la misma índole, ni más ni menos, que la occidental, pero que no se concibe, no se nombra.

Este “no dicho” en la historia es indicio, a mi parecer, de un inconsciente desprecio de los antepasados andinos que nos enfrenta con el racismo que podría explicar un profundo desgarro de la identidad peruana. Desgarro que quebranta los diversos intentos de fortalecer la conciencia de una identidad multicultural. De hecho si, conscientemente mestizos, conjugamos igualmente lo uno y lo otro en diferentes matices de una misma naturaleza, y si inconscientemente racistas despreciamos lo otro que somos, nos condenamos a la impotencia.

La impotencia de los personajes de Miguel, y de todos los que nos reconocemos como mestizos, no radicaría entonces en una condición mestiza que nace de una conquista sino en una peculiar conjunción de una conciente aceptación de esta condición y de una inconsciente interiorización del racismo que justifica esta conquista.

¿Cómo entonces defender la heterogeneidad que destaca el respeto al otro y a su derecho a una vida humanamente satisfactoria, a través de la comprensión de la densa problemática histórica, en vista de elaborar una sociedad multicultural, frente a las resurgencias de estremecedoras ideologías arraigadas en el mito de la pureza de sangre y otras ilusorias purezas? Quizás enfrentando el racismo no sólo ajeno sino propio, comparando sus nefastos impactos en el marco de diversas “culturas” y reconociendo no una sino múltiples condiciones mestizas y diferentes identidades fracturadas, dando paso a un “no dicho” en la Historia y las historias, que podría abrir en cada uno de nosotros la posibilidad de elaborar una identidad multicultural. Esto entre iguales que asumen sus diferencias y defienden, con Antonio Cornejo Polar, la heterogeneidad, apostando a una sociedad donde puedan, libres del racismo, vivir felices todas sus patrias, tal como lo soñaba Arguedas.